

DISCURSO.
DE LA RESURRECCION
DE LOS CUERPOS.

PARA EL VIÉRNES DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA
DE CUARESMA.

(DE MACCARTHY.)

Ego sum resurrectio et vita; qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet.

Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

S. Juan, c. 11. v. 25.

Negada la inmortalidad del alma racional, no hay que extrañar, católicos, que por una consecuencia forzosa se negase tambien la resurreccion de nuestros cuerpos. Ya en los días de la vida mortal de Jesucristo Señor nuestro, apareció entre los judíos una secta llamada de los saduceos, que atacaron el dogma de la vida futura y de la resurreccion de la carne. Sabido es cuántas veces se opusieron al mismo Jesucristo, haciéndole cuantas objeciones les sugeria su incredulidad, contra este dogma fundamental de nuestra Religion, y no es ménos notorio como el Salvador respondió á ellas con un laconismo propio de su infinita sabiduría, diciendo ser Dios el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y que este Dios no lo era de los muertos sino de los vivos (1).

Pero nada es tan digno de atencion en este punto como las

(1) *Matth. c. 22. v. 32*

palabras del presente Evangelio, en que se nos refiere que, estando enfermo un hombre llamado Lázaro, vecino de Betania, sus hermanas Marta y Maria enviaron á decir al Salvador: Señor, mirad que aquel á quien amáis, está enfermo. A lo que Jesus contestó: la enfermedad no es mortal, sino que está destinada á glorificar al Hijo de Dios. Pero habiendo ido al cabo de cuatro días, halló que Lázaro habia muerto y ya exhalaba fetidez en el sepulcro. Entónces fué cuando el Salvador, compadecido del llanto de las dos hermanas, dijo á Marta: Yo soy la resurreccion y la vida; quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá.

Este dogma, tan solemnemente establecido por la palabra infalible de Jesucristo, no estuvo tampoco á cubierto de los sofismas de los primeros filósofos. «¿Qué alma,» decia Celso, «qué alma habrá que quisiera volver á unirse con un cuerpo corrompido? Dios, aunque omnipotente, no puede hacer volver á su estado primitivo un cuerpo en disolucion, porque esto seria indecente y opuesto á la naturaleza.» Así se expresaba este filósofo incrédulo; pero sus objeciones fueron perfectamente desvanecidas con la luminosa ciencia del grande Orígenes, quien le probó evidentemente, que los cuerpos resucitados no estarian ya en un estado de corrupcion, sino de gloria é incorruptibilidad. En vano en los primeros siglos se pretendió sustituir á la resurreccion general, una llamada *palingenesia*, ó sea un segundo nacimiento universal del mundo, prodigio verdaderamente mayor, incomparablemente mas contrario á la naturaleza, y mas inconcebible que la resurreccion de los cuerpos. Esta teoría imaginaria hubo de ceder ante la fuerza de la razon y de la autoridad, que probaron evidentemente no ser mas difícil á Dios el devolver la vida á un cuerpo muerto, que el hacerlo nacer de la sangre de un hombre (1).

Inútil pues, católicos, y de todo punto innecesario seria el reproducir en nuestros días una verdad, que viene formando la creencia casi universal de todos los siglos, si en estos últimos la filosofía moderna, tan degradante como impía, no hubiese formado un empeño especial en desenterrar todos los desmanes de la vieja, añadiendo á los errores con que aquella pretendió atacar en su cuna la Religion del Crucificado, otros aún mas

(1) *Orig. contra Cels. lib. 5. n. 4.*

groseros y de mayor trascendencia, con que en vano intenta desquiciar los fundamentos de esta hija del cielo.

Ni hay por qué maravillarse; pues estando este dogma tan íntimamente ligado con el dogma de la inmortalidad del alma, es casi imposible combatir uno sin combatir tambien el otro. Por eso Espinosa, autor del panteísmo filosófico, decia « que si fuese capaz de persuadirse de la posibilidad de la resurreccion de un muerto, no tendria inconveniente en despedazar todo su sistema. » Las mismas huellas siguieron sus hijos los incrédulos; verificándose en toda su extension aquel dicho de san Agustín: « No hay artículo de la Fe católica que haya sido combatido con mas encarnizamiento que el dogma de la resurreccion de los muertos. » *In nulla re tam vehementer contradicitur Fidei cristiane quam de resurrectione mortuorum.*

Esto pues, católicos, y la suma necesidad de afianzarse cada vez mas en la fe de esta verdad consoladora, puesto que, segun san Pablo, ella es el fundamento de todas nuestras esperanzas para el porvenir; y no ignorando por otra parte los funestos efectos que producen cada dia en unos la ignorancia de estas verdades esenciales, y en otros el germen disolutivo que la impiedad no deja de sembrar en todas las clases de la sociedad, me impelen á concluir el asunto precedente, probándoos la congruencia, la necesidad, la veracidad de la resurreccion de nuestros cuerpos, de donde resultará la inmortalidad de todo el hombre. *Ave Maria.*

Decir que Dios ha hablado en las santas Escrituras y que ha revelado el dogma de la resurreccion de los cuerpos, es un lenguaje que solo conviene al hombre de la Fe. Para esto no es necesario mas que abrir los Libros santos, y hacerle leer lo que en ellos se halla consignado con caracteres indelebles. « Yo sé bien, » dice Job en el capítulo XIX, « que mi Redentor vive, y que en el último dia he de resucitar del seno de la tierra; que seré de nuevo revestido de mis despojos mortales, y que veré á mi Dios en mi propia carne... : esta esperanza está grabada en mi corazon. » Daniel dice en el capítulo XII, que « aquellos que duermen en el polvo, resucitarán los unos en pos de los otros, estos para la vida eterna, y aquellos para un oprobio que no tendrá término. » Varios son en fin y claros los pasajes de am-

bos Testamentos, en que se halla probado este dogma de nuestra Religion. Mas dije ya, y repito, que este idioma solo lo comprende el hombre que, ilustrado con las luces de la Fe, sabe apreciar el mérito de la divina autoridad marcada en las santas Escrituras. No así el hombre que habiendo lanzado voluntariamente de su corazon esta luz divina, hace profesion de no creer sino aquello que puede llegar á percibir con el racionio. Ya que pide razones nuestro siglo, alegaremos razones, y con ellas solas quedará suficientemente demostrado nuestro aserto.

Y desde luego siendo el alma inmortal, como lo demostramos en el discurso antecedente (1), si el cuerpo que es mortal, no debiese resucitar algun dia, resultaria que este conjunto admirable de dos sustancias tan diferentes, unidas por medio de un nudo secreto é incomprensible, esa obra maestra de la sabiduría y del poder de Dios, seria destruída para siempre por la muerte. Ahora bien, este conjunto de las dos sustancias espiritual y material es lo que propiamente se llama el hombre. Si pues las dos porciones que forman el ser humano, no debiesen unirse jamas; si una de ellas debiese perecer para siempre, la obra mas admirable del Criador quedaria mutilada eternamente, como si no estuviese en su poder el conservarla ó res-tablecerla toda entera.

¿Y qué, este cuerpo es por sí mismo tan vil, que las manos omnipotentes que lo formaron, se desdeñen de retirarlo del polvo? No hay duda que es muy inferior por su naturaleza al alma espiritual que le comunica la vida; pero entre las obras materiales de Dios ¿hay una sola que lo iguale? Comparád, católicos, y juzgád. El sol nos ofusca con su brillo, y sin embargo ¿brilla él como el ojo del hombre, como su ingenio, como la luz de su inteligencia? La serenidad del mas bello dia ¿es comparable con la risa que embellece el semblante del hombre, y con esa expresion de dulce alegría, de paz, de noble modestia, que anima alguna vez sus facciones? ¿Hay un cielo tan despejado en que, como en la frente del justo, puedan leerse el candor y la inocencia? Las aves nos encantan con la melodía de sus armoniosos gorjeos; mas ¿qué son todos sus conciertos comparados con la palabra del hombre, y sus sonidos admira-

(1) Es el discurso de Troncoso, que se halla en la pág. 255 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.

bles que expresan y comunican las sensaciones y el pensamiento, y que hiriendo el oído ilustran los espíritus, mueven profundamente los corazones, acercan los objetos mas lejanos, pintan los invisibles, y hacen de uno de los mas pequeños órganos corpóreos el instrumento admirable de un comercio espiritual con las almas? y esos ojos elevados hácia el cielo? y esa aptitud de imperio? ¿y esa dignidad que anuncia en el hombre al rey de la naturaleza? Oh! ¿cuál debió ser, católicos, este cuerpo en el estado de la inocencia original, cuando por la primera vez salió de las manos de su Criador, radiante de gloria y majestad, llevando sobre su frente el sello vivo de su divinidad; pues que aún ahora, en el estado de degradacion á que lo redujo el pecado, todavía sobrepaja en belleza cuanto el mundo ofrece de mas perfecto, siendo el centro de todas las cosas, el único ser material digno de las miradas y del amor de su Criador, y el solo por quien todas las cosas existen? Porque no son nuestras almas, sino nuestros cuerpos los que tienen necesidad de esta tierra que los alimenta, de la luz de los cielos que los alumbra, y del aire que facilita la respiracion y mantiene los espíritus vitales.

¿Y osaríamos suponer que el mas bello y cumplido entre los objetos sensibles y corpóreos, aquel á quien dicen relacion todos los demas, haya de ser de menor duracion que todos ellos? Los astros giran hace seis mil años sobre nuestras cabezas, sin haber perdido nada de su resplandor; la tierra despues de tantos siglos no titubea sobre sus bases y conserva toda su fecundidad; los rios no han visto agotarse sus manantiales; los cedros y los antiguos pinos coronan todavía las mismas montañas en donde los vieron nuestros abuelos; y ¿solo el cuerpo del hombre habia de ser semejante á la yerba de los campos, que por la mañana está verde y por la tarde se marchita? ¿Y este momento de resplandor y de vida se habia de cambiar para siempre en corrupcion y gusanos? Cosa extraña! el hombre, en esta suposicion, no solamente duraria ménos que otras tantas obras de Dios que solo han sido criadas para su servicio, sino tambien (lo que no puede concebirse) duraria mucho ménos que las obras de sus propias manos. Miétras que esos soberbios monumentos, esos palacios, esos santuarios que él ha construído, esos mármoles, esos bronces que él ha sabido en cierto modo animar, imprimiéndoles los rasgos de su propia semejanza,

resisten á la accion consumidora de los siglos y llaman la atencion de las generaciones mas remotas, solo el hombre, destruído casi al tiempo mismo que formado, ¡permanecería envuelto entre el polvo para no levantarse jamas! ¡solo él habrá construído imágenes de sí mismo, ménos precederas que el modelo hecho por la mano del Todopoderoso y marcado con el sello de su divina semejanza!

Aún mas; ese cuerpo que eleva santuarios á la Divinidad, le consagra altares y los adorna con magnificencia, ¿no es en sí mismo el mas digno templo que ocupa la Divinidad sobre la tierra? ¿no prefiere el Señor á cualquier otro templo material un cuerpo casto, que es el domicilio de un alma virtuosa y santa? ¿Qué son á sus ojos los edificios de piedra, de oro ó de pórfido, comparados con ese templo vivo, que ofrece por sí mismo el incienso, adora á su Dios y le dirige sus oraciones? Vedle cómo se encorva y se prosterna en su presencia, anonadándose ante la Majestad divina; ved esa boca que se pega con el pavimento sagrado, y lo besa con un religioso respeto; esos ojos que se fijan en el tabernáculo y se mojan con piadosas lágrimas; ese corazon que palpita de amor hácia su Dios; esas manos que se elevan al cielo; esa lengua que canta las alabanzas del Eterno, convidando á todas las criaturas á celebrar las grandezas de su Criador; ved... Pero no basta que este cuerpo de barro tribute á su Dios el culto que le es debido: es necesario que él mismo sea el instrumento, el ministro y como el representante de su benéfica providencia sobre la tierra. ¿Hay algun género de buenas obras, á que no concurren todos sus miembros? ¿No son sus entrañas las que se conmueven, al oír referir los infortunios de sus semejantes? ¿No son sus brazos los que se extienden para ayudar al enfermo ó para enjugar las lágrimas del afligido? ¿No son sus manos las que trabajan para vestir al desnudo, y amasan el pan para el hambriento? ¿No es su boca la que pronuncia palabras tiernas y consoladoras, y derrama un bálsamo saludable y el mas dulce que la caridad puede aplicar á las heridas del corazon? ¿Dónde está en suma el bien que un alma sensible y generosa pueda prodigar á su prójimo, sin que el cuerpo contribuya con ella? ¿Cuántas veces se consume y agota su salud y sus fuerzas en el servicio de Dios y de sus prójimos? Y en recompensa de todo esto ¿habría Dios de condenarlo á una eterna destruccion? ¿Rompería sin piedad la

íntima alianza de un alma y de un cuerpo, unidos tan santamente para hacer en comun los oficios de piedad y misericordia? No, Dios mio, esto no es compatible con vuestra bondad infinita, con vuestra eterna justicia.

Verdad es que el pecado, infestando el origen del género humano, y derramando su ponzoña hasta el fondo de nuestras entrañas, ha irritado á Dios contra una carne que él habia criado en la inocencia, y á la cual redujo la culpa á la mas horrorosa corrupcion. El Eterno no pudo ver su obra deshonorada, y la despedazó. No obstante, oh designio digno de su bondad! si la deshizo, no fué para aniquilar lo que su sabiduría habia formado, sino para rehacer segun un modelo mas perfecto lo que el venenoso hálito de la serpiente habia desfigurado.

¡Qué misterios tan admirables ofrece la Religion á mi fe! ¡Un Dios revistiéndose de la carne del hombre, para purificarla; un Dios que sufre la muerte, para derrocar su imperio; que sale victorioso del sepulcro, para asegurarnos la victoria; que hace de su cuerpo glorioso y resucitado un principio y como un gérmen de resurreccion para los nuestros, nutriéndolos con la sagrada eucaristía, á fin de unirlos á sí de una manera inefable; que los llena del espíritu de vida por la abundante efusion del Espíritu santo en la participacion de todos los sacramentos de la nueva ley; y que en fin, en el momento mismo en que estos cuerpos van á tornar al polvo, los marca con una unción extrema, como con el sello de la inmortalidad! De ahí esa paz profunda con que el cristiano desciende al sepulcro; de ahí el respeto con que miramos sus mortales despojos; de ahí esas preces y ceremonias sagradas, que hacen tan afectuosos y tiernos sus funerales y les dan un carácter tan augusto; de ahí esas bendiciones que consagran la tierra destinada á recibir nuestros vertos cadáveres; de ahí en fin esa sublime inscripcion grabada sobre la losa fria que los cubre: *aquí yace un cristiano que durmió en el Señor, y espera la resurreccion en el último dia*. De este modo triunfa Dios del infierno y restablece enteramente su obra, que el tentador se habia lisonjeado en vano de destruir. El hombre, formado á la imágen de su Criador, no sucumbe á la muerte, sino para renacer, por medio de un prodigio tan admirable como la creacion misma, á una vida aún mas gloriosa que la primera; y (si es lícito comparar una cosa tan grande con una que, si bien parece pequeña, no deja de ser

maravillosa) á la manera que el insecto que arrastra sobre el cieno de la tierra, despues de encerrarse en una especie de tumba, donde permanece algun tiempo sepultado, inmóvil y como inanimado, vuelve á salir de allí revestido de una nueva fuerza y desplegando sus alas brillantes, hiende los aires y no reposa sino sobre las flores; del mismo modo el cuerpo humano, pesado en el principio, carnal, corruptible, sujeto á mil necesidades á cual mas humillantes, y semejante en un todo al del primer Adán terrestre y pecador, despues que deposita en el sepulcro todo cuanto tenia de grosero y mortal, volverá á salir reengendrado, espiritual, impassible, mas hermoso y resplandeciente que los astros del firmamento, y por hablar el idioma del Apóstol, trasformado en la semejanza del segundo Adán celestial y divino, y participando del privilegio de su inmortalidad: *reformabit corpus humilitatis nostræ configuratum corpori claritatis suæ* (1).

Hé aquí, católicos, un plan digno de Dios, demasiado grande, demasiado magnífico, para poder ser concébito sino por él mismo. Todo en él supone una sabiduría, un poder, una bondad infinita; todo en él anuncia al Ser eterno, origen único del ser vivo é inmutable, porque todo en él es vida, eternidad, inmutabilidad; fuera de Dios no hay sino concepciones de una inteligencia débil, limitada, salida de la nada y envuelta en densas tinieblas, porque en ella todo se termina en la nada, en la muerte, en una noche eterna.

Vengan ahora los insensatos y los impíos, y á estos pensamientos tan sublimes y divinos, á la imponente autoridad de las Escrituras, al hecho incontestable de la resurreccion de Jesucristo y á las consecuencias decisivas que de él saca san Pablo, opongán... Mas qué? mengua es por cierto el decirlo! opongán la pretendida imposibilidad de que un Dios omnipotente haga revivir lo que está muerto. Ah! pues ¿no es él quien da la vida á lo que era nada? ¿No será posible volver á encontrar en el vasto seno de la naturaleza, como se expresan los modernos filósofos, los elementos dispersos de nuestros cuerpos, á aquel que supo hallarlos en los profundos abismos de la nada? Reproduzcan pues en hora buena esas aéreas dificultadas

(1) *Philip. c. 3. v. 21.*

tades que ruborizaron á los mismos gentiles, y que estos abandonaron como de ningun peso. Nosotros las despreciaremos, contentándonos con responderles, que una sola cosa es imposible á Dios, y esto es únicamente lo que envuelve contradicción. Dios no puede lo que no quiere; Dios no puede faltar á sus promesas; Dios no puede engañarse ni engañar al hombre: hé aquí lo que es imposible al Omnipotente: por lo demas, suponer cualquier obstáculo insuperable á un poder sin límites, es lanzarse en el ridículo, es no racionar, es contradirse en los términos. Sepan pues nuestros filósofos sin filosofía, porque no tienen lógica, sepan que para tener derecho á negar la resurrección de nuestros cuerpos, porque es incomprendible, sería necesario poder citar una sola obra de Dios que ellos comprendan. Y si no, díganme: ¿comprenden por ventura su propia existencia? ¿No es esta un misterio tan impenetrable á sus menguadas inteligencias, como los demas de nuestra Religión augusta? Y cuando llenos de la mayor sorpresa, vemos todos los dias esa multitud de hombres sabios que han robado, por decirlo así, á la naturaleza una parte de sus secretos, descomponer á nuestra vista las sustancias materiales, formar de sus elementos combinados con arte nuevas sustancias, descomponer estas segunda vez, y con los mismos elementos reformar las primeras; cuando esto presenciarnos, ¿no sería cosa extraña suponer que el Autor de la naturaleza no pudiese, despues de haber disuelto nuestros cuerpos y de las diferentes mutaciones que estos hayan sufrido, volver á juntar sus elementos dispersos para reconstruir el edificio de nuestros miembros, y de este modo restablecer su primitiva obra?

Sí, católicos, fácil y muy fácil será á la palabra creadora y omnipotente el obrar esta maravilla. ¿Con qué prontitud al eco de la trompeta, esto es, á la voz del Hijo de Dios, el aire, las aguas, la tierra y los abismos restituirán los restos de nuestros cuerpos devorados, evaporados, consumidos de mil maneras! Nuestras cenizas diseminadas se juntarán en un abrir y cerrar de ojos, segun la frase de la Escritura: *in ictu oculi* (1), y volverán á tomar su propia forma. Todos los muertos saldrán vivos de sus sepulcros, y comparecerán en presencia del Árbitro su-

(1) I. Cor. c. 15. v. 52.

premo de su suerte, para recibir la recompensa justa de su obra: *et dedit mare mortuos, et mors et infernus dederunt mortuos suos... et judicatum est de singulis* (1).

Hé aquí, católicos, el fin de todas las cosas, ó mas bien el principio de un orden de cosas que no tendrá fin. Ved ahí vuestro destino, hombres! Vuestra alma, esa porcion excelente de vuestro ser, que os hace semejantes á Dios y á los ángeles, no deja de vivir, aún cuando escapando de su prision, remonta su vuelo hácia la region de los vivos. Tampoco el cuerpo permanece siempre en la oscuridad del sepulcro, adonde se mira condenado á descender. Si se consume, es únicamente para dejar lo que tenia de corruptible y tomar una forma inmortal, no de otro modo que el oro entra en el crisol, para salir de allí mas puro y resplandeciente.

¿Y es posible, ó hijos de los hombres! que hayáis podido olvidar lo que sois y lo que debéis ser un dia? ¿Cómo es que vuestros corazones se han hecho tan pesados y se han pegado á esta tierra, que no es vuestra patria? Formados para gozar de unos bienes tan grandes, reales y positivos; llamados á la posesion, no de apariencias y vanas sombras, sino de la sustancia misma de la perfecta felicidad y de la verdadera gloria, ¿cómo habéis tan presto degenerado de vuestro origen y renunciado á vuestros derechos, corriendo en pos de fantasmas, que desaparecen en el momento mismo en que las juzgáis realidades? *Filii hominum, usque quo gravi corde? ut quid diligitis vanitatem et queritis mendacium?* (1) ¿De qué os sirve, ó avaros, ese tesoro de cieno, que congregáis á precio de tantas solicitudes y de sacrificios tan amargos? ¿Qué hay de comun entre ese vil metal, que la muerte va á arrebatáros, y ese espíritu inmortal que existe en vosotros? Y tú, soberbio esclavo del orgullo, ¿por qué caminas en pos de esa humareda de gloria, de que tan ávido te manifestas? ¿Te ha procurado jamas un solo instante de alegría pura y verdadera, que pueda indemnizarte del eterno baldon que te prepara para la eternidad? Y tú sobre todo, ó voluptuoso! ¿qué es lo que buscas en ese fango de infames placeres? ¿No ves que ellos no dejan en el alma mas que punzantes remordimientos, signos precursores de tormentos inmensurables y de desesperacion sin fin? Dejád, dejád, ó ciegos,

(1) Apoc. c. 20. v. 13. (2) Psalm. 1. v. 3.

esas criminales quimeras, y volvéed vuestros pensamientos hácia los bienes sólidos que serán la recompensa inmortal de los justos.

Acaso me preguntaréis, hombres de poca fe, ¿cuál es la prenda que pueda yo daros de la seguridad de los altos destinos que se os prometen para el porvenir? *Multi dicunt quis ostendit nobis bona?* (1) ¿Y qué otra es menester, Señor, que la nobleza de nuestro ser, la dignidad de nuestra naturaleza, ese sello de vuestra grandeza que vos mismo nos habéis impreso, y que tan gloriosamente nos distingue de cuanto nos rodea? *Signatum est super nos lumen vultus tui, Domine* (2). Y ¿cómo pudiéramos dudar que existe en nosotros algo de inmortal y divino, cuando nos vemos superiores á todo lo que no es Dios, ó no lleva el carácter de la semejanza de Dios; cuando experimentamos dentro de nosotros un no sé qué de insaciable y de inmenso, que objeto alguno en la naturaleza no es capaz de satisfacer; para quien es nada todo lo que debe finalizar, para quien son estrechos todos los límites del mundo visible; que solo puede hallar reposo en el seno de lo infinito, ni le es posible gustar contentamiento y felicidad fuera del Ser eterno é inmutable? *Dedisti lætitiám in corde meo* (3). Alégrese en buena hora los mundanos de la fecundidad de sus tierras; recojan con gozo sus abundantes mieses y los frutos opimos de la vid y de la oliva: *A fructu frumenti, vini et olei sui multiplicati sunt* (4). Por mí, ó gran Dios! ora me concedáis, ora rehuséis darme esos dones de la fortuna y los goces pasajeros del mundo, siempre viviré en paz, contento y feliz con vuestro solo amor: *In pace in idipsum dormiam et requiescam* (5). La esperanza que me habéis dado de una gloriosa inmortalidad en vuestro reino, basta para colmar todos mis deseos: *Quoniam tu, Domine, singulariter in spe constituisti me* (6). ¡Plegue al Altísimo que esta preciosa esperanza se realice en todos nosotros, y que todos reunidos en el seno de nuestro Dios, disfrutemos de su divina esencia por toda la eternidad!

(1) *Psalm. 4. v. 6.* (2) *Ibid. v. 7.* (3) *Ibid.* (4) *Ibid. v. 8.*
(5) *Ibid. v. 9.* (6) *Ibid. v. 10.*

HOMILÍA.

EL MAL CRISTIANO ES MAS CRIMINAL

QUE LOS JUDÍOS INCRÉDULOS.

PARA LA DOMINICA DE PASION (1).

(DE GONZÁLEZ.)

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

Si os digo la verdad, por qué no me creéis?

S. Juan, c. 8. v. 46.

Cada dia me admira mas la obstinada incredulidad de los escribas y fariseos, y me complazco en leer en el Evangelio de este dia la reconvencion que por ella les hace Jesucristo. Todo contribuye á aumentar su culpa. Ellos custodiaban con el mayor esmero los Libros santos, que designando individualmente las circunstancias de la venida del Mesías, contenian el fundamento de toda su gloria; ellos llevaron como por la mano á los Magos á Belen, para que adoraran humildes y respetuosos al Dios-Hombre que habitaba ya entre sus criaturas; ellos examinaron con la mayor escrupulosidad los prodigios que tan evidentemente demuestran la divinidad de Jesus Nazareno, y despues de compararlos con los que habia obrado su gran profeta Moises, se vieron precisados á confesar que los excedian sin comparacion alguna, como que jamas habian tenido semejantes: *à sæculo non est auditum*; y á pesar de todo esto reconocen en Moises un caudillo enviado por Dios, un profeta ins-

(1) Hay una plática sobre el sacrilegio para este mismo dia en la pág. 439 del tomo cuarto de los sermones de *Mision*.